

# PLANETAS INVISIBLES

KEN LIU (ed.)

Traducción de  
Manuel de los Reyes y David Tejera Expósito

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Invisible Planets*

Publicado por acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Revisión de las galeradas a cargo de Antonio Torrubia.

Primera edición: 2017

Segunda reimpresión: 2022

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Ken Liu

- © de la traducción de «Introducción: Sueños de China», «El Año de la Rata», «El pez de Lijiang», «La flor de Shazui», «Cientos de fantasmas desfilan esta noche», «El verano de Tongtong», «El paseo nocturno del dragón equino», «La ciudad del silencio»: David Tejera Expósito, 2017.
- © de la traducción de «Planetas invisibles», «Entre los pliegues de Pekín», «Chica de compañía», «La tumba de las luciérnagas», «El círculo», «Cuidando de Dios», «El peor de todos los universos posibles y la mejor de todas las tierras posibles: *El problema de los tres cuerpos* y la ciencia-ficción china», «La generación dividida: la ciencia-ficción china en una cultura de transición», «¿Qué hace que la ciencia ficción china sea china?»: Manuel de los Reyes, 2017.
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2021, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-833-6

Depósito legal: M. 23.507-2017

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

Todos los textos se reproducen con permiso de los autores:

- «**The Year of the Rat**», de **Chen Qiufan**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, mayo de 2009; publicado por primera vez en inglés: *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, julio/agosto de 2013, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2013 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**The Fish of Lijiang**», de **Chen Qiufan**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, mayo de 2006; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, agosto de 2011, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2011 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**The Flower of Shazui**», de **Chen Qiufan**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Ink- Minority Report*, 2012; publicado por primera vez en inglés: *Interzone*, octubre de 2012, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2012 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**A Hundred Ghosts Parade To night**», de **Xia Jia**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, agosto de 2010; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, febrero de 2012, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2012 by Xia Jia y Ken Liu.
- «**Tongtong's Summer**», de **Xia Jia**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Novel*, marzo de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Upgraded*, ed. Neil Clarke, 2014 (Wyrms Publishing), traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2014 by Xia Jia y Ken Liu.
- «**Night Journey of the Dragon- Horse**», de **Xia Jia**. Publicado por primera vez en inglés en este volumen, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2015 by Xia Jia y Ken Liu.
- «**The City of Silence**», de **Ma Boyong**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, mayo de 2005; publicado por primera vez en inglés: *World SF Blog*, noviembre de 2011, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2011 by Ma Boyong y Ken Liu.
- «**Invisible Planets**», de **Hao Jingfang**. Publicado por primera vez en chino: *New Science Fiction*, febrero-abril de 2010; publicado por primera vez en inglés: *Lightspeed*, diciembre de 2013, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2013 by Hao Jingfang y Ken Liu.
- «**Folding Beijing**», de **Hao Jingfang**. Publicado por primera vez en chino: *ZUI Found*, febrero de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Uncanny*, enero-febrero de 2015, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2015 by Hao Jingfang y Ken Liu.
- «**Call Girl**», de **Tang Fei**. Publicado por primera vez en chino: *Nebula*, agosto de 2014; publicado por primera vez en inglés: *Apex*, junio de 2013, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2013 by Tang Fei y Ken Liu.
- «**Grave of the Fireflies**», de **Cheng Jingbo**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction: Literary*, julio de 2005; publicado por primera vez en inglés: *Clarkesworld*, enero de 2014, traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2014 by Cheng Jingbo y Ken Liu.
- «**The Circle**», de **Liu Cixin**. Publicado por primera vez en inglés: *Carbide Tipped Pens*, eds. Ben Bova y Eric Choi, 2014 (Tor Books), traducido por Ken Liu. Texto inglés © 2014 by Liu Cixin y Ken Liu.
- «**Taking Care of God**», de **Liu Cixin**. Publicado por primera vez en chino: *Science Fiction World*, enero de 2005; publicado por primera vez en inglés, *Pathlight*, abril de 2012. Texto inglés © 2012 by Liu Cixin y Ken Liu.
- «**The Worst of All Possible Universes and the Best of All Possible Earths: *Three-Body* and Chinese Science Fiction**», de **Liu Cixin**. *Tor.com*, 7 de mayo de 2014. Texto inglés © 2014 by Liu Cixin y Ken Liu.
- «**The Torn Generation: Chinese Science Fiction in a Culture in Transition**», de **Chen Qiufan**. *Tor.com*, 15 de mayo de 2014. Texto inglés © 2014 by Chen Qiufan y Ken Liu.
- «**What Makes Chinese Science Fiction Chinese?**», de **Xia Jia**. *Tor.com*, 22 de julio de 2014. Texto inglés © 2014 by Xia Jia y Ken Liu.



*Para mis autores, que me confiaron sus sueños.*



INTRODUCCIÓN  
Sueños de China

KEN LIU

Esta antología reúne parte de la ficción breve especulativa procedente de China que he traducido a lo largo de varios años y recopilado en este volumen. Algunos de los relatos han ganado premios en Estados Unidos, otros se han seleccionado para antologías de lo mejor del año, otros han recibido reseñas favorables por parte de críticos y lectores, y otros tan solo son mis favoritos.

China tiene una cultura muy dinámica y variada en lo que a ciencia-ficción se refiere, pero apenas se traducen unas pocas historias, lo que impide que los lectores que no conocen el idioma sean capaces de apreciarlas. Espero que esta antología sirva de punto de partida para los lectores de todo el mundo.

La expresión «Sueños de China» es un juego de palabras con el eslogan «Sueños chinos» que el presidente Xi Jinping\* usó para referirse al desarrollo del país. La ciencia-ficción es la literatura de los sueños, y los textos oníricos siempre nos dicen algo acerca del soñador, del que interpreta los sueños y de la audiencia.

Siempre que sale a relucir la ciencia-ficción china, los lectores anglófonos me preguntan lo mismo: «¿En qué se diferencia la ciencia-ficción china de la que se escribe en inglés?».

---

\* Todos los nombres chinos de esta antología están escritos con el apellido delante, como dictan las costumbres del país.

Suelo decepcionarlos y responder que la pregunta no está bien planteada. Cualquier clasificación literaria relacionada con una cultura (sobre todo, si se trata de una cultura tan cambiante y convulsa como la de China en la actualidad) tiene que englobar todas las complejidades y contradicciones de dicha cultura. Responder algo así de manera concisa solo puede dar lugar a generalizaciones de poco valor o a estereotipos que reafirman prejuicios ya existentes.

Para empezar, no creo que la expresión «ciencia-ficción escrita en inglés» sea una categoría válida para comparar (las ficciones escritas en Singapur, Reino Unido o Estados Unidos son muy diferentes entre sí, y hay más divisiones entre ellas y dentro de dichas fronteras geográficas), por lo que se podría decir que ni siquiera tenemos un punto de referencia con el que comparar la llamada «ciencia-ficción china».

Además, imaginad qué pasaría si les pidierais a un centenar de autores y críticos de Estados Unidos que definieran la «ciencia-ficción estadounidense»: habría un centenar de respuestas diferentes. Lo mismo pasaría con los autores y críticos de ciencia-ficción china.

Dentro de la selección tan limitada que contiene esta antología, encontraréis la «ciencia-ficción realista» de Chen Qiufan, el «batiburrillo de ciencia-ficción» de Xia Jia, las metáforas políticas directas e irónicas de Ma Boyong, el simbolismo surrealista y la lógica metafórica de Tang Fei, la intensa y exquisita imaginación lingüística de Cheng Jingbo, las fábulas y la especulación sociológica de Hao Jingfang, y la ciencia-ficción dura y grandilocuente de Liu Cixin. Esto debería daros una idea de lo variada que es la ciencia-ficción que se escribe en China. Ante una variedad así, creo que es mucho más útil e interesante estudiar a los autores de manera individual y tratar su obra de forma independiente antes que tratar de imponer unas expectativas preconcebidas porque ha dado la casualidad de que todos son chinos.

Esto no es más que un rodeo para decir que opino que cualquiera que afirme con seguridad que la «ciencia-ficción china» se puede encasillar es: a) un extranjero que no sabe de lo que habla o b) una persona que sí sabe pero que olvida de forma deliberada la



naturaleza controvertida del término y expone su opinión como un hecho irrefutable.

Por ello, prefiero dejar claro que yo mismo no me considero un experto en ciencia-ficción china. Sé lo suficiente como para llegar a la conclusión de que no sé demasiado. Lo suficiente para darme cuenta de que tengo que estudiar más, mucho más. Y bastante para saber que no hay una respuesta sencilla\*.

China está viviendo una enorme transformación social, cultural y tecnológica que afecta a miles de millones de personas de diferentes etnias, culturas, clases sociales e ideologías. Por eso, nadie (y eso incluye a quienes están viviendo dicha transformación) puede considerarse en disposición de conocer el panorama general. Conocer China a través de las noticias sesgadas de los medios occidentales o asegurar que se «entiende» el país por ser inmigrante o haber sido turista es lo mismo que vislumbrar una mancha borrosa a través de una pajita y afirmar que se trata de un leopardo. La ficción que se produce en China es un reflejo de la complejidad de dicho entorno.

La realidad política del país y su complicada relación con Occidente hace que a los lectores occidentales les parezca normal interpretar la ciencia-ficción china bajo el prisma de sus sueños, esperanzas y fantasías occidentales sobre la política china. La «subversión», desde un punto de vista occidental, puede no ser más que un matiz interpretativo. Por ejemplo, es tentador leer «La ciudad del silencio», de Ma Boyong, como un ataque directo al aparato censor de China, o «El Año de la Rata», de Chen Qiufan, únicamente como una crítica al sistema educativo y al mercado laboral del país. O incluso reducir «Cientos de fantasmas desfilan esta noche», de Xia Jia, a una metáfora velada de las políticas agresivas al servicio de un desarrollo controlado por el Estado.

---

\* De hecho, el mundo académico que estudia la ciencia-ficción china se encuentra en un momento muy interesante y cuenta con investigadores que realizan trabajos muy esclarecedores y atractivos, como Mingwei Song y Nathaniel Isaacson, entre otros. No obstante, tengo la impresión de que muchos (o la mayoría) de lectores, autores y críticos de género del mundillo de la ciencia-ficción no están familiarizados con este corpus teórico. Estos ensayos académicos evitan caer en las trampas que he mencionado, y realizan análisis precisos y minuciosos. Les recomiendo encarecidamente la lectura de dichos trabajos académicos a aquellos lectores que quieran una opinión informada.

Me gustaría que el lector de esta antología evitara caer en dicha tentación. Dar por hecho que las preocupaciones políticas de los autores chinos son las mismas que las que los lectores occidentales esperan de ellos es, como mínimo, arrogante y, lo que es peor, peligroso. El mensaje que los escritores chinos intentan comunicar es universal, se refiere no solo a China sino también a la humanidad en su conjunto, y creo que tratar de comprender su obra en estos términos producirá un acercamiento mucho más gratificante.

Es cierto que en China existe desde hace tiempo la tradición de usar la metáfora literaria como vehículo para expresar críticas y desacuerdos, pero ese no deja de ser uno de los motivos por los que los autores escriben y los lectores leen. Como el resto de escritores de cualquier parte del mundo, los autores contemporáneos chinos están interesados en el humanismo, la globalización, los avances tecnológicos, la tradición y la modernidad, las desigualdades en riqueza y privilegios, la mejora y conservación del medio ambiente, la historia, los derechos, la libertad y la justicia, el amor y la familia, lo hermoso de expresar sentimientos a través de las palabras, jugar con el lenguaje, la grandeza de la ciencia, la emoción de los descubrimientos o el significado de la vida misma. Flaco favor le hacemos a la obra si no nos centramos en estas cosas sino en la geopolítica.

A pesar de la diversidad de enfoques, temáticas y estilos, los autores y las obras reunidos en esta antología apenas representan una pequeña parte del panorama de la ciencia-ficción china contemporánea. He intentado hacer una selección lo más equilibrada posible para cubrir casi todos los puntos de vista, pero soy consciente de mis limitaciones. La mayoría de los autores aquí presentes (a excepción de Liu Cixin) pertenecen a la nueva generación de «estrellas emergentes» en lugar de a la generación de figuras ya establecidas, que incluye al propio Liu Cixin, Han Song o Wang Jinkang. Casi todos son licenciados por las universidades más prestigiosas del país y desempeñan puestos de trabajo muy bien valorados. Además, me he centrado en autores e historias premiados, en detrimento de la ficción más popular que se publica en internet, y he dado prioridad a las obras que, en mi opinión, son más fáciles de traducir y requieren menos conocimientos de la historia

y la cultura de China. Este sesgo y estas carencias son necesarios, pero no es la situación ideal, por lo que los lectores deberían ser precavidos al extraer conclusiones y no dar por hecho que estos relatos son «representativos». Deseo de corazón que cada una de las historias que aquí presentamos sirva a los lectores para añadir otro nivel más a su percepción e interpretación de una tradición literaria que difiere de aquellas a las que están acostumbrados.

Para completar la antología y aportar una visión más amplia de la ciencia-ficción china, he incluido al final del libro tres ensayos de autores y académicos chinos. El de Liu Cixin, «El peor de todos los universos posibles y la mejor de todas las Tierras posibles», aporta contexto histórico al género en China y contextualiza la importancia de su carrera como el principal autor de ciencia-ficción china. «La generación dividida», de Chen Qiufan, aporta la perspectiva de una generación más joven de autores que intenta adaptarse al revuelo de las transformaciones que están teniendo lugar. Por último, «¿Qué hace que la ciencia-ficción china sea china?», de Xia Jia, quien cuenta con el primer doctorado especializado en el estudio de ciencia-ficción china, es un buen punto de partida para un análisis académico sobre la materia.

El célebre traductor William Weaver comparó el oficio con el arte de la interpretación. Es una metáfora que me gusta. Cuando traduzco, realizo una interpretación lingüística y cultural, intento recrear un artefacto en un medio diferente. Es una experiencia aleccionadora y fascinante. Me siento muy privilegiado por haber tenido la oportunidad de trabajar con los autores de esta antología. Se podría decir que lo que comenzó como una colaboración profesional ha terminado por convertirse en amistad. He aprendido muchas cosas de ellos, no solo sobre traducción, sino también sobre cómo escribir ficción y sobre la vida desde otro punto de vista lingüístico y cultural. Les estoy muy agradecido por haberme confiado su trabajo. Espero que disfrutéis del resultado.



## CHEN QIUFAN

Chen Qiufan es escritor, guionista y columnista, y también trabaja como gerente de marketing para Baidu, el importantísimo buscador web de China. También conocido como Stanley Chan, el autor ha publicado ficción en medios como *Science Fiction World*, *Esquire*, *Chutzpah!* y *ZUI Found*. Liu Cixin, el autor de ciencia-ficción más famoso de China, ha dicho sobre *The Waste Tide* (2013), la primera novela de Chen, que es «la obra cumbre de la ciencia-ficción de futuro cercano». Chen ha sido galardonado con muchos premios literarios, entre ellos el Dragon Fantasy Award de Taiwán o los equivalentes en China al premio Galaxy (el Yinhe) y el Nebula (el Xingyun). En lo que se refiere a traducciones al inglés, el autor ha aparecido en revistas como *Clarkesworld*, *Lightspeed*, *Interzone* y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. «El pez de Lijiang» ganó el Science Fiction and Fantasy Translation Award en 2012 y «El Año de la Rata» apareció en la antología *The Year's Best Weird Fiction: Volume One*, seleccionada por Laird Barron.

Las tres historias recogidas a continuación, «El Año de la Rata», «El pez de Lijiang» y «La flor de Shazui», son buenos reflejos de la estética incomparable de Chen, que aúna una sensibilidad universal posciberpunk con el intrincado legado histórico y las tradiciones de China. Cínico, optimista e inquieto, Chen consigue capturar el *Zeitgeist* de la China contemporánea, una cultura inmersa en una transformación y una transición muy traumáticas. Quienes

deseen ahondar en la manera en que la ciencia-ficción china refleja dicho cariz de las costumbres del país pueden leer un ensayo de Chen, «La generación dividida», al final del libro.

Chen es oriundo de la provincia de Cantón, licenciado por la Universidad de Pekín, una de las más prestigiosas del país, y habla el topelecto de Shantou, así como cantonés, mandarín e inglés (la versión occidentalizada de su nombre, Chan, refleja la pronunciación cantonesa). Es un virtuoso de la lengua que ha escrito relatos de ficción especulativa en chino clásico (una proeza equivalente a que un autor inglés escriba una historia en la lengua de Chaucer), así como en cantonés y mandarín estándar. Las divisiones lingüísticas y la diversidad presentes en su región de origen sirven como metáfora y telón de fondo para su novela *The Waste Tide*, que yo mismo he traducido al inglés. «La flor de Shazui» está ambientado en el mismo universo que *The Waste Tide* y nos ofrece un atisbo de ese mundo.

## El Año de la Rata

Oscurece de nuevo. Llevamos dos días en este cuchitril y no hemos visto ni un mísero pelo de rata.

Mis calcetines parecen bayetas grasientas. Es tan irritante que me dan ganas de pegar a alguien. El estómago me da punzadas de hambre. Aun así, me obligo a seguir adelante. Unas hojas empapadas me golpean la cara como si me abofetearan. Duele.

Me gustaría devolverle a Guisante el libro de biología que tengo en la mochila y decirle: «Este maldito libro tiene ochocientos setenta y dos páginas». También me gustaría devolverle sus gafas, aunque no pesen, nada de nada.

Guisante está muerto.

El instructor dijo que la compañía de seguros les pagaría algo de dinero a sus padres. No dijo cuánto.

Seguro que los padres de Guisante quieren alguna pertenencia suya para recordarlo. Por eso le he quitado las gafas del bolsillo y ese maldito libro de su mochila impermeable. Quizá así sus padres recuerden lo buen estudiante que era su hijo, a diferencia de nosotros.

El verdadero nombre de Guisante es Meng Xian, pero todos lo llamábamos «Guisante», en primer lugar, porque era flaco y bajito como un brote de guisante y, en segundo lugar, porque siempre bromeaba con que el monje que experimentaba con guisantes, Gregor *Meng-De-Er* Mendel, era su antepasado.

Esto es lo que se dice que ocurrió: cuando el pelotón marchaba por la parte alta de la presa del embalse abandonado, Guisante vio una extraña planta que crecía en las grietas del hormigón embarrado de los bordes de la presa. Rompió la formación para cogerla.

Quizá se debiera a su miopía, o quizá a que el pesado libro le hizo perder el equilibrio. Sea como fuere, lo último que vimos fue que Guisante hacía algo propio de un guisante verde: rodaba y rebotaba cuesta abajo por la presa hasta detenerse de improviso, empalado en una rama afilada que sobresalía del agua.

El instructor nos obligó a recuperar el cuerpo y meterlo en una bolsa para cadáveres. Vi cómo los labios del hombre se movieron durante unos instantes, para luego detenerse. Sabía lo que había intentado decir (lo escuchábamos decirlo a menudo), pero en aquel momento se contuvo. La verdad es que me habría gustado escucharlo.

*Los estudiantes sois idiotas. No sabéis ni cómo manteneros con vida. Tenía razón.*

Alguien me toca el hombro. Es Cañón Negro. Me sonrío, como pidiendo disculpas.

—Hora de comer.

Me sorprende lo amigable que es conmigo. Quizá sea porque, cuando Guisante murió, Cañón Negro era quien se encontraba a su lado y ahora se siente mal por no haberlo agarrado a tiempo.

Me siento junto a la fogata para poner a secar los calcetines. El arroz sabe a rayos al mezclarse con el olor de los calcetines mojados que también están al fuego.

Maldita sea. Estoy llorando.

La primera vez que hablé con Guisante fue a finales del año pasado, en la reunión para preparar la movilización en la universidad. Había una deslumbrante pancarta roja delante del auditorio: «Es un honor amar tu país y apoyar a tu ejército. Es un orgullo proteger a la gente y matar a las ratas». Un sinfín de directivos de la universidad se turnaban para subir al púlpito y dar sus discursos.

Me senté junto a Guisante por casualidad. Me estaba sacando la licenciatura en Literatura China, y él cursaba estudios de posgra-



do en la Facultad de Biología. Lo único que teníamos en común era que no íbamos a encontrar trabajo después de licenciarnos. Nuestros expedientes permanecerían en la universidad mientras nosotros nos quedábamos colgados un año, o quizá más.

En mi caso, había suspendido a propósito el examen de Chino Clásico para poder quedarme en la facultad. Odiaba el hecho de tener que buscar trabajo, alquilar un apartamento, levantarme para entrar al trabajo a las nueve de la mañana y salir a las cinco de la tarde, tener que enfrentarme al ambiente de una oficina... Todo eso. La universidad era mucho más agradable: podía descargar música y películas gratis, la cafetería era barata (con diez yuanes te llenabas el estómago), dormía siempre hasta mediodía y luego jugaba un poco al baloncesto. También había chicas guapas por todas partes, claro. Aunque solo podía mirar, nada de tocar.

Para ser sincero, tal y como estaba el mercado laboral y dadas mis escasas aptitudes para trabajar, no se podía decir que me hubiera quedado en la facultad por elección propia. Pero tampoco iba a admitir algo así delante de mis padres.

Guisante, en cambio, no había conseguido el visado a causa de la guerra comercial con la Alianza Occidental. Un estudiante de biología que no puede dejar el país no tiene expectativas laborales en las empresas locales, sobre todo si es de aquellos a quienes se les da mejor leer libros que engañar a los demás.

A mí no me interesaba nada apuntarme en la Patrulla de Control de Roedores. Mientras la propaganda continuaba en el escenario, le murmuré:

—¿Por qué no envían al ejército?

Y Guisante se giró hacia mí y me echó un sermón:

—¿No sabes lo tensa que está la situación en la frontera en estos momentos? La misión del ejército no es cazar ratas, sino proteger el país contra las hostilidades de las naciones extranjeras.

*¿Quién habla así?* Decidí trollearle un poco.

—Entonces, ¿por qué no enviamos a los campesinos?

—¿Tampoco sabes que vamos muy justos de suministros de cereales? La misión de los campesinos no es cazar ratas, sino plantar comida.

—¿Y por qué no usamos veneno para roedores? Es más fácil y barato.

—No son ratas normales, son neorratas<sup>®</sup>. Los venenos comunes no sirven de nada.

—Pues se podría crear un arma genética, un veneno que matase a esas ratas dentro de algunas generaciones.

—¿No sabes que las armas genéticas son carísimas? Su misión no es cazar ratas, sino servir de medida disuasoria contra las hostilidades de las naciones extranjeras.

Suspiré. Aquel tipo parecía uno de esos contestadores telefónicos programados para repetir siempre las mismas frases. Hacerme el listillo con alguien así no era divertido.

—Entonces, según tú, ¿la misión de los licenciados sí que es cazar ratas? —pregunté, con una sonrisa en la cara.

Guisante hizo un amago de ahogarse y se le puso la cara roja. Por unos instantes, no consiguió articular respuesta. Luego me respondió con clichés del tipo «el destino de un país está en manos de cada uno de sus habitantes». Pero luego terminó por darme una razón de peso:

—Los miembros de la Patrulla de Control de Roedores tienen cama y comida gratis, además de trabajo asegurado después de su cese.

El pelotón ha vuelto al pueblo para reabastecerse.

Para evitar los desertores, se destina a todos los estudiantes de la Patrulla de Control de Roedores a unidades que operan lejos de su hogar. Tan lejos que no entendemos los dialectos y nos vemos forzados a hablar en mandarín estándar.

Envío el libro y las gafas de Guisante por correo a sus padres. Intento escribir una carta emotiva, pero no encuentro las palabras adecuadas. Al cabo, me limito a escribir: «Les acompaño en el sentimiento».

Pero la postal que dirijo a Xiaoxia está llena de caracteres pequeños y amontonados. Pienso en sus larguísimas piernas. Tal vez sea la vigesimotercera carta que le envío.

Llego a una tienda donde puedo recargar el teléfono y mandar un mensaje a casa de mis padres. Cuando estamos de misión, casi nunca hay cobertura.

El propietario de la tienda me cobra un yuan y me sonrío. Es posible que los habitantes de este pueblo nunca hayan visto a tantos licenciados juntos (aunque en ese momento estemos cubiertos de barro y no demos muy buena impresión). Varios ancianos y ancianas nos sonrían y levantan el pulgar, pero quizá solo lo hagan porque creen que somos una fuente de dinero adicional para la economía del pueblo. El caso es que cuando pienso en Guisante me dan ganas de levantar el dedo corazón.

Cuando el instructor termina con los preparativos para el funeral de Guisante, nos lleva a un restaurante barato.

—Tan solo llevamos un veinticuatro por ciento de la cuota que habíamos pactado —dice.

Nadie responde. Todos estamos muy ocupados llevándonos arroz a la boca como si se acabara el mundo.

—Trabajad duro. Vamos a intentar ganar el premio Gato Dorado.

Sigue sin haber respuesta. Todos sabemos que dicho premio supone una prima para el instructor.

El instructor golpea la mesa y se levanta.

—¿Acaso queréis ser un hatajo de vagos el resto de vuestras vidas, o qué?

Agarro el cuenco de arroz, por si le da por tirar la mesa. Pero no lo hace.

Un instante después se sienta y sigue comiendo.

Alguien susurra:

—¿Creéis que se ha roto el detector?

En ese momento, todo el mundo empieza a hablar. Parece que todos están de acuerdo con la afirmación. Alguien comenta un rumor que asegura que un pelotón consiguió usar el detector para encontrar depósitos de metales y bolsas de gas poco comunes. Dejaron de cazar ratas y se pasaron a la industria de la minería, lo que solucionó el problema de desempleo de aquel pelotón de una tacada.

—Menuda estupidez —suelta el instructor—. El detector sigue el rastro de los marcadores que hay en la sangre de las ratas. ¿Cómo va a encontrar bolsas de gas? —Hace una pausa y luego añade—: Estoy seguro de que las encontraremos si seguimos las corrientes de agua.

La primera vez que vi al instructor, supe que quería pegarle.

Nos encontrábamos en fila en el campo de entrenamiento, y el hombre deambulaba por delante de nosotros, adusto.

—¿Alguien sabría decirme para qué estáis aquí? —preguntó.

Un instante después, Guisante alzó la mano, dubitativo.

—¿Sí?

—Para proteger la patria —respondió Guisante. Todo el mundo estalló en carcajadas. Yo era el único que sabía que lo había dicho en serio.

El instructor se mantuvo impasible.

—¿Te parece divertido? Pues te has ganado diez flexiones.

Rieron aún más alto.

—¡Cien flexiones para el resto!

El instructor paseaba a nuestro alrededor corrigiéndonos la postura con una porra mientras resoplábamos para intentar terminar la tarea.

—¡Estáis aquí porque sois unos fracasados! Habéis vivido en la residencia universitaria que pagan los contribuyentes, comido el arroz que cultivan los campesinos y disfrutado de todos los privilegios que el país podía daros. Vuestros padres se han gastado el dinero de su entierro en vuestra matrícula y, aun así, no habéis sido capaces de encontrar trabajo. No sois capaces ni de sobrevivir por vuestra cuenta. ¡Solo servís para cazar ratas! De hecho, valéis menos que las ratas. Al menos, las ratas se pueden intercambiar por dinero extranjero, pero ¿de qué servís vosotros? ¿Os habéis parado a pensar en vuestra nauseabunda existencia? ¿Qué sabéis hacer? Veamos: seducir chicas, jugar a videojuegos, copiar en los exámenes... ¡Más flexiones! No os llevaréis nada a la boca hasta que hayáis terminado.

Apreté los dientes a ritmo de cada una de las flexiones y se me ocurrió que si a alguno de nosotros le daba por rebelarse, seguro que entre todos podríamos darle una paliza al instructor.

El resto pensó justo lo mismo que yo, así que no ocurrió nada.

Más tarde, durante la comida, no dejaba de escuchar el traqueteo de los palillos contra los cuencos, porque no podíamos evitar que nos temblaran las manos y los brazos. Un recluta, tan moreno que parecía que tenía la piel hecha de cuero negro, no fue capaz de sostenerlos y dejó caer al suelo un pedazo de carne.

—Cógelo y cómetelo —espetó el instructor.

Pero el recluta era testarudo. Se quedó mirando al instructor y no se movió.

—¿De dónde crees que viene la comida? Déjame que te cuente algo: el presupuesto para alimentación se desvía del de defensa. Cada grano de arroz y cada pedazo de carne que os coméis hacen que un soldado de verdad pase hambre.

—¿Y a quién le importa? —murmuró el recluta.

*¡Pa-la!* El instructor volcó la mesa en la que yo estaba comiendo. Nos quedamos cubiertos de sopa, verduras y arroz.

—¡Pues si no os importa, os quedáis todos sin comer!

El instructor se marchó de la habitación.

Y así fue como empezamos a llamar Cañón Negro a aquel recluta.

Al día siguiente, enviaron al «poli bueno», el administrador principal del distrito. Empezó con un sermón político, una cita del *Libro de las odas*, del siglo x antes de Cristo («Rata, rata, no te comas mi maíz»), para luego repasar tres mil años de historia y hacer hincapié en los peligros que las plagas de ratas le plantean a la gente corriente. Luego esbozó los avances recientes y a gran escala en materia política y económica y analizó la amenaza tan particular que supone la plaga actual y la necesidad de erradicarla por completo. Por último, nos brindó un ejemplo de la fe y la esperanza que el pueblo había depositado en nosotros:

—Es un honor amar la patria y apoyar el ejército. Es glorioso proteger a la gente y cazar ratas.

Ese día comimos bien. Después de comentarle el incidente que se había producido el día anterior, el administrador criticó al instructor. Afirmó que los licenciados eran «lo mejor de lo mejor y los próximos líderes del país» y que el entrenamiento debería ser «justo, civilizado y cordial» y servir para mejorar la «técnica», y no basarse en la «simple violencia».

Para terminar, el administrador se quiso sacar unas fotos con nosotros. Nos alineamos formando una única fila y desfílamos haciendo el paso de la oca. El administrador levantó una cuerda para mostrarnos hasta dónde teníamos que llegar con la punta de los pies de modo que desfíláramos con la disciplina adecuada.